

El voto en blanco y el nulo están ganando

MARIO ZOLEZZI CHOCANO*

El número de indecisos crece. Según puede verse en una de las últimas encuestas con las que los medios de comunicación atosigan a la ciudadanía, casi la mitad de los ciudadanos están dispuestos a anular su voto o votar en blanco. Esta es información de verdad abrumadora. Específicamente se muestra que más del 46 por ciento de las personas entrevistadas votarán en blanco o viciarán su voto congresal, y que esta es una tendencia creciente de la ciudadanía.

Me temo —y quisiera estar equivocado— que esta cifra aumentará cuando la campaña electoral de los candidatos a congresistas arrecie justamente buscando el voto para ellos.

Las explicaciones de tal comportamiento ciudadano no son solamente las que nos ofrecen los analistas políticos, que al fin de cuentas son parte del mismo sistema político general en el que vivimos. Tampoco la del periodismo. Creo, más bien, que el tema debiera ser estudiado desde una perspectiva diferente que incorpore otros elementos para el análisis. Desde una perspectiva menos comprometida con el corto plazo que nos permita comprender mejor la profundidad del problema, que es el del proceso social peruano.

Lo primero que tendríamos que reconocer es que no se trata solamente de la crisis de los partidos políticos, ni siquiera de lo que los fujimoristas llaman la partidocracia. Pareciera que el tema tiene que ver con el tipo de sociedad que hemos desarrollado y de la que se está construyendo o desmoronando en este territorio en el siglo XXI.

Otro elemento importante que hay que considerar es el hecho real e indiscutible de que el rol y, por lo tanto, el poder del Estado —y no solo en el Perú— se han reducido sustancialmente a los temas de la seguridad que demanda la población.

Por otro lado, es un sentido común aceptado que en nuestro país, y en muchos otros, se ha roto definitivamente la conexión funcional y operativa entre la normatividad y la ejecución o gestión de lo público. En esa perspectiva, el poder legislativo y la representación democrática de la ciudadanía se han convertido en algo prescindible. ¿Para qué necesitaríamos congresistas, bien o mal remunerados, si su trabajo es visto como inútil?

Y es visto como inútil por muchas razones. Por ejemplo, se considera que el ejercicio legislativo desarrolla temas que son intrascendentes o incomprensibles para la mayoría de los ciudadanos porque son sumamente técnicos, y el rol de los políticos es evaluado como el de simples intermediarios, gestores o divulgadores de las propuestas que se preparan, trabajan y sustentan en otros escenarios (en empresas poderosas, en estudios de abogados de los ricos, en instancias transnacionales, propuestos por *lobbies* extranjeros o quién sabe dónde...). Pero definitivamente no es un trabajo que se valore como útil y conectado con la ciudadanía y sus intereses cotidianos el que cumple ese mundo aparte que es el Congreso Nacional.

También es un dato para entender el voto nulo o en blanco el hecho de que la mayoría de las personas estima que casi todas las leyes, normas, reglamentos y dispositivos, empezando por la propia Constitución, nunca se aplican. El Estado peruano democrático y representativo de esta sociedad es finalmente una ficción, una apuesta perdida. Y es así porque la corrupción, el autoritarismo o simplemente la ineficacia de los operadores burocráticos hacen del Estado una institución en la que pueden depositarse muy pocas esperanzas. El Estado ya no es más un actor central para lograr el desarrollo o el bienestar. Es cada día más un actor prescindible, un estorbo que solamente sirve a los que lo administran, y en última instancia a los más ricos y poderosos. Por eso mismo, la ley se acata pero nunca se cumple, sino circunstancialmente.

Otra razón importante es que la mayoría de los ciudadanos siente que no tiene, no debe, delegar el poco poder que significa su voto a un extraño al que conoce solamente por los medios

masivos de comunicación, pues no sabe dónde vive, ante quién responde ni quién lo fiscaliza. Y porque el desencanto de los viejos políticos está muy afincado y no hay elementos para construir nuevas alianzas, confianza renovada, sembrar esperanzas. Basta ver la información que circula a diestra y siniestra para estar alerta ante esta plaga de caras sonrientes y frases hechas, de todos los colores, pero que finalmente saben igual de amargas y distantes. Aunque en algunos casos no sea cierto. Después de todo la realidad es la que las personas construyen y viven cada momento, no un tratado científico ni una posición filosófica. La verdad social puede ser una gran mentira, y si no es así, acudamos a cualquier momento de la historia: el nazismo fue un ejemplo. Y la democracia estadounidense es otro.

La democracia participativa, que podría ser una opción interesante para encontrar un nuevo camino, depende mucho de la tarea exitosa de desconcentrar el poder que los «políticos», como se entiende hoy, controlan. Y es que los ciudadanos saben bien por experiencia, por mala experiencia, que el trabajo legislativo no les sirve, que este Estado es un desastre que hace agua por todas partes y solo sirve realmente a los ricos y los poderosos. Sabe que esos son los únicos verdaderamente preocupados porque el Estado que tenemos siga existiendo y funcione atendiendo a su lógica e intereses. Eso porque es su herramienta, su medio de dominación y poder sobre las otras clases sociales.

¿Acaso —intuimos que así piensa la casi mayoría de los ciudadanos— es posible imaginar grandes cambios que me favorezcan si elijo a uno u a otro congresista de tal o cual partido o agrupación de oportunistas? La respuesta es definitivamente NO. Se trata de cumplir con un ritual que consagra la formalidad del Estado y, en el mejor de los casos, de expresar un sentimiento.

Por otro lado —algo que se ha visto hasta el cansancio en estas semanas—, la manera como han sido escogidos y seleccionados los candidatos de las agrupaciones políticas responde a intereses muy pequeños, de grupos más pequeños aún, de toda la clase política del país. Si el Congreso Nacional recoge un rechazo —rechazo de más del 90 por ciento de los ciudadanos— y simultáneamente todos los partidos y grupos políticos juntos no significan más del 5 por ciento del total de la ciudadanía, es decir los militantes y simpatizantes activos de las llamadas fuerzas —mejor sería decirles flaquezas— políticas del país, a nadie debiera sorprender que la intención de voto en blanco y nulo sea tan elevado esta vez.

Las esperanzas en un cambio social institucionalmente administrado hace rato que se han desvanecido; las motivaciones que agitan las pasiones de los seguidores más entusiastas de los candidatos son mezquinas; no interesa el bien común ni lograr el consenso para mejorar el país. A lo mejor en ciertos casos no es así, pero al final a todos se les mide por el mismo rasero.

Por cierto, en un escenario de ese tipo el autoritarismo, el rechazo a la democracia, las soluciones fascistas y otras tentaciones parecidas merodean. Enfrentar esos riesgos es una tarea gigantesca que nuestra sociedad, como está, es incapaz de enfrentar.

Podemos tratar de ser optimistas, buscar el lado bueno, las fortalezas de esta situación; tratar de hacer, como decimos los peruanos, «de tripas, corazón», pero eso no impide que nos veamos obligados a reconocer que la viabilidad política del Estado peruano, y de los integrantes de esta sociedad como tal, está seriamente amenazada, es decir, ha sido puesta en cuestión. Basta leer entre líneas, y ni tanto, el último comunicado de los obispos católicos para constatar que ellos también reconocen que la principal opción a la que aspiran los peruanos es a dejar de ser peruanos, a largarse de este país... ¡y a otra cosa, mariposa!

La actitud de los votantes ante la elección presidencial felizmente no expresa la misma gravedad de rechazo, pero la situación del electorado, en el fondo, no es muy diferente. Simplemente en este caso se está optando por el mal menor.

Para terminar, y tratando de llegar a un punto que nos permita vislumbrar con menos pesimismo el futuro nacional, creo que debemos prepararnos para enfrentar una realidad en la que la legitimidad de la representación política de la sociedad peruana estará sumamente mellada. Un nuevo punto de partida en el que tendremos que reconocer que más de la mitad de los peruanos no la quiere. Y claro, se trata nada menos que de la continuidad de los poderes del Estado en un contexto en el que la refundación tampoco es solución. Estamos pues, una vez más, en la amplia

antesala, felizmente, de la desaparición de esta sociedad peruana. Nuestra sociedad no está solamente en crisis, sino que ha sido incapaz de convertir en una fortaleza su diversidad, y, contrariamente, ha hecho de nuestras diferencias el combustible para su extinción.

Díganme, por favor, que estoy equivocado, que la mayoría de los peruanos nos queremos y respetamos como sociedad, como ciudadanos y personas, que nuestro amor al país no se limita a sus paisajes, a la gastronomía, sus expresiones artísticas y sus climas. Que queremos que el Perú, tierra generosa, sea para los peruanos, para los que constituimos esta sociedad en descomposición. Que las cosas cambiarán por el esfuerzo de todos y no por cualquier tipo de salvador de la patria. ■